

Ectoplasmas en los escaños

J. M. RUIZ SOROA

¿Qué tal si en el Parlamento reserváramos un número de asientos correlativo al de abstenciones y votos en blanco?

El pasado sábado una nutrida manifestación recorría las calles de Bilbao. Es curiosa (o no tanto) la escasa relevancia que los medios de comunicación otorgaron a algo que, en sí mismo, fue una novedad radical en la esfera pública vasca. Por primera vez en decenios unas personas se manifestaban en su simple condición de ciudadanos y para reivindicar el ejercicio de esa condición. Allí no había otra identidad que la común ciudadana, y eso es algo que representa una novedad absoluta en Euskadi, de tanto calibre que explica el ninguneo al que les han sometido los medios (no digamos los partidos) vascos, que no saben cómo tratar un fenómeno que se sale de los carriles de la identidad y el 'conflicto'.

Entre las consignas que esta gente invocaba había alguna democráticamente sugerente, como la de proponer que se considere el voto en blanco como un voto válido. Sugerente porque lleva a pensar la representación política de una manera diversa a la habitual, y porque obliga a reflexionar sobre el por qué de la exclusión del Parlamento de los que votan en blanco o, yendo más lejos, de los que se abstienen. ¿Por qué razón no están representados en los parlamentos –en ningún lugar que yo conozca– los que se abstienen en las elecciones?

Y no me refiero sólo a quienes votan nulo; pienso en esa minoría mayoritaria que componen todos los que se abstienen en las elecciones, en esa parte inmensa de la ciudadanía a la que se ignora a todos los efectos a partir del día siguiente de las elecciones. Porque ese día sí, se lamenta su existencia, se mueve la cabeza pesados ante su volumen, pero al siguiente se les olvida: los escaños se reparten entre las opciones de los que sí han votado, y la opción de los que no han votado o han votado en blanco se desdén. Se les trata a todos los efectos como no-ciudadanos cuya voluntad no cuenta para nada.

¿Qué tal si en el Parlamento reservásemos un número de escaños correlativo al número de abstencionistas o votos en blanco para su representación propia, unos escaños que podrían estar permanentemente ocupados por unas siluetas de cartón sin cara ni sexo pero vagamente reconocibles como personas? ¿Qué sucedería si un 20% o 30% de los escaños estuvieran ocupados por siluetas mudas que siempre, en todo caso, se abstendrían en todas las decisiones y votaciones pero que contarían a todos los efectos como 'abstención', porque representarían a los que han preferido no votar a nadie?

Lo primero que sucedería, es obvio, es que ese Parlamento sería mucho más representativo de la sociedad si entendemos la representación como la técnica de reproducir en un microcosmos un universo. Porque allí estarían todos, los votantes y los no votantes. Unos, los primeros, estarían vivos y activos. Los otros, los abstencionistas, estarían presentes aunque condenados a estar siempre mudos. Presentes pero mudos. ¡Lo cual es también una forma de expresión! Porque un tal Parlamento nos recordaría siempre con su estampa estrofa, con

esos escaños ocupados por siluetas, que en la sociedad real hay muchos que eligen de una manera peculiar, aunque también significativa: la de no elegir. Y que lo hacen por algo. Que no hay por qué olvidarlos ni tratarlos como materia inerte.

Sucedería también que los parlamentarios electos (ese 70% u 80% de políticos vivos) tendrían constantemente ante su mirada y ante su palabra el recordatorio mudo de su fracaso: todas esas siluetas sin cara a las que tendrían también que dirigir sus discursos serían aquellos a los que no habrían conseguido interesar, serían aquellos que les dejan hacer pero no les dan su voto, serían aquellos a los que los parlamentarios no representan porque no se han ganado su confianza o atención. No este partido o aquel político, no: ninguno les ha movido. Tenedlo presente, ese sería el mensaje ostensible de las siluetas, día tras día.

Sucedería también que la mecánica parlamentaria resultaría alterada, puesto que habría un porcentaje fijo y constante de abstenciones ante todas y cada una de las decisiones y votaciones, el de las siluetas sin cara. Lo cual significa que las mayorías absolutas se pondrían muy difíciles. Con los abstencionistas presentes y absteniéndose siempre, para sacar adelante decisiones y votaciones relevantes sería necesario que los partidos hicieran políticas de consenso suprapartidario.

Cuanta más abstención, más necesidad de acuerdos y cooperación entre los partidos si quieren sacar adelante la gobernación, menos sectarismo, crispación y diferencia. Curioso ¿no?

Oigo ya el argumento en contra: quien se abstiene en una elección está renunciando a su derecho a hacerse oír, está implícitamente aceptando y dando por bueno lo que hagan los demás que sí votan. Puesto que 'quien calla otorga'. Pero esto es más que discutible: quien calla, decían al final los entendidos en esta discusión, ni otorga ni niega, simplemente guarda silencio. Y no se ve por qué ese silencio suyo, esa opción por no tomar partido, no debe mantenerse viva y operativa durante los años que dure la legislatura.

Me abstengo ahora y quiero abstenerme todos los días que dure la legislatura, quiero que mi silencio cuente políticamente tanto como la voz de los que eligen. Esa sería la traducción de su posición desde un punto de vista estrictamente democrático.

Pero, entonces, ¡gobernar sería difícilísimo!, ¡tomar decisiones en el Parlamento sería muy complicado!, dirán muchos, sobre todos los profesionales. Las elecciones no se celebran sólo para 'producir representación', sino también para 'producir gobierno' y un cómputo como el que aquí se sugiere haría más difícil formar gobiernos. Ciertamente si ponemos como meta el tipo de gobiernos actuales pero, ¿y si pensamos en otros gobiernos menos sectarios? ¿Nos merecemos hoy todavía el tipo de gobierno que se practica?

Naturalmente, no se tomen en serio mi sugerencia. Era sólo una especulación ciudadana, nacida de la contemplación de una multitud ciudadana en un sábado de octubre. Mientras otros se iban a San Sebastián a humillarnos.



:: JESÚS FERRERO